

LA MÁSCARA CIEGA

Por Mariano Bayón Moreno

I

Amparados bajo el manto de la noche, los enanos horadaban aquella malhadada tierra. Excavaban galerías y trincheras que dibujaban codos, con el fin de sorprender a un único enemigo, acecharlo y hostigarlo. Las llanuras de Ard-Galen contaban con poca vegetación —solitarios arbustos aquí y allá, como enemistados por la falta de agua— y un polvo que colmaba el aire y se posaba sobre las brillantes armaduras. Era una tierra atormentada y hervorosa, una tierra baldía teñida por oscuros poderes.

Un elfo, de ondulado pelo rojizo, permanecía sentado sobre una solitaria roca pero no de forma solitaria. Un enano viejo, cuyo hirsuto pelo blanco y barba trenzada, que apenas dejaban ver sus pequeños ojos, se encontraba delante, con un gesto ladino. El elfo sostenía con su única mano un resplandeciente yelmo dorado. Una singular pieza que destacaba por su elaborada cimera áurea con la forma del gran gusano Glaurung.

- ¿Cuáles son sus materiales? —Preguntó Maedhros mientras sostenía el yelmo por su interior con la mano que le quedaba— No había visto antes nada parecido.
- Sus materiales... —contestó pensativo Azaghâl y sonrió, si bien era complicado saber si tras la barba de un enano cabía una sonrisa—. Quizá el sonido de las pisadas de un gato, el aliento de un pez o la sensibilidad de un oso. Materiales valiosos y poco comunes, Señor Elfo.
- ¿Me lo entregáis en prenda por vuestra ayuda en la contienda? —recelaba Maedhros presa de la desconfianza entre sus razas.
- Es un obsequio de mi pueblo en gratitud por salvar sus vidas y la de este viejo rey —agradeció Azaghâl. Días antes, los enanos habían sido sorprendidos por los orcos y las viles criaturas de Morgoth, y Maedhros, bajo el estandarte de la estrella de Fëanor, había acudido en su auxilio—. Ahora los naugrim de Belegost combatirán al lado de los Noldor.

Maedhros sentía cada vez más la presión que recaía sobre sus hombros. Una fuerza invisible que arrastraba a todo su linaje bajo la sentencia de Mandos. La condena que ataba su destino y que profetizaba el derramamiento de lágrimas innumerables. Reflexionó allí sentado con el yelmo entre sus piernas, mientras paseaba las yemas de sus dedos sobre el pulido oro de la cimera. Recogió el obsequio y extendió su brazo para devolverlo al rey enano.

- Nosotros estamos endeudados por el robo de los silmarils y en nuestra deuda por recuperarlos, hemos arrastrado a los hombres. Todo para hacer frente a la insidia del Señor Oscuro que por codicia arrebató las joyas de mi padre y por maldad mató a mi abuelo. No ataremos a más pueblos libres al juramento de mi linaje. Marchad a vuestra montaña, recoged vuestros minerales y construid una armadura a juego con este yelmo por si caemos en batalla.

- Arrogante Señor Elfo —contestó Azaghâl—. Entrarán en liza vuestra arrogancia contra nuestro orgullo, y perderéis. Abandonad ahora está vieja discusión entre nuestras razas y vengamos al enemigo común. Aceptad este obsequio que servirá como símbolo de unión entre nuestros pueblos y sus sagas venideras.
- Díscolo Rey de los enanos —replicó Maedhros—, cierto es que con vuestra ayuda, quizá podamos hacer frente a Glaurung y a las huestes que acaudilla Gothmog, Señor de los Balrogs —La duda de Maedhros permanecía enraizada. Alzó el yelmo dragón y se lo puso sobre la cabeza, ayudándose con el muñón de su mano ausente. Era muy pesado. Un peso que paradójicamente aligeraba el de sus hombros pues simbolizaba una inestimable ayuda. La duda se disipaba—. Tened en cuenta que muchas lágrimas enanas resbalaran por vuestras barbas.
- ¡Y antes alcanzarán el suelo! —gritó Azaghâl— pues la cortedad de nuestras piernas así lo quiere desde que Durin despertó. Tanto no es terquedad lo que nos ata ahora sino la palabra de montañas y bosques libres de oscuridad. No dejéis que vuestro orgullo o vuestras ansias de gloria impidan una alianza fuerte.

El elfo se quitó el yelmo y sintió en la cara los rayos de sol que nacían del horizonte. Con los ojos cerrados pensó en que no quería ver sufrir a esa pobre gente. No habían sido muchos los contactos que había tenido con el viejo señor enano, pero si habían sido suficientes para sentir que le importaba. ¿Era fraternidad o simplemente respeto? Puede que incluso ambas. En cualquier caso, sentía ese nuevo vínculo como algo sincero y honorable.

- Bien, vuestro será el gran gusano Glaurung, caro a Morgoth — resolvió el Señor de los Noldor con la mirada perdida en el suelo como atrapado por un decisión que lamentaría. El enano rescató a Maedhros de sus pensamientos y le interrumpió con una apreciación sobre el yelmo.
- Poseéis una cabeza pequeña a pesar de vuestra interminable altura. Yo en vuestro lugar, me lo ceñiría bien bajo vuestro lampiño mentón. ¿No hay una relación entre altura y cabeza entre los elfos? —dijo recorriendo con su dedo la altura de elfo que a pesar de estar sentado, seguía superando la altura del enano.

Eran muchos los años que el Rey Azaghâl de Belegost contaba bajo sus barbas y muchas más sus experiencias con avejentados guerreros. Todos ellos creen tener el peso del mundo sobre sus hombros, sin embargo, bien sabía que el mundo estaba mucho antes que ellos y seguiría estando mucho después, hasta que resonaran los cuernos de la última batalla. De entre sus muchas artimañas, se jactaba de contar como el humor era una de las más eficaces. Servía de alivio tanto para los humildes campesinos como para los obstinados príncipes y hacía un uso valiente del mismo. En esta ocasión, la absurda pregunta sacó a Maedhros de su ensimismamiento y lo devolvió a la realidad con una sonrisa.

- ¿La hay acaso entre vuestras barbas y vuestra impertinencia? —respondió.
- ¡Oh, no, mi señor! De ser así el interior de las montañas estaría colmado de pelo.

Ambos reyes guerreros rieron y sus risas llenaron de júbilo a todo aquel que las escuchó. Pasó a contarse entre los grajos —aves negras más pendientes de cotilleos que de asuntos con importancia— que quien se acercaba a aquella roca podía oír, solo si prestaban atención en silencio, silbar al viento con el rumor de las dos risas. Azaghâl conseguía así, humor mediante, fortalecer la unión entre dos casas enemistadas tiempo ha.

La alianza bajo el estandarte de Fëanor era la mejor oportunidad para hacer capitular a las fuerzas de la oscuridad.

Un enano, ataviado con la heráldica de Belegost y empuñando un pico, se acercó y pidió permiso para hablar.

— Mi señor, hemos cavado hileras de trincheras tal y como ordenasteis. Codos cada veinte pies y una profundidad de no menos de cuatro pies.

— ¿Hasta dónde habéis llegado? —preguntó Azaghâl cambiando su tono, esta vez más autoritario.

— Las llanuras son extensas y la tierra aquí es dura. Estamos aún lejos de las líneas enemigas y de la vanguardia —contestó el enano.

— Bien, seguid avanzando y apuntalad bien las paredes.

— Por supuesto mi señor —dijo el enano y se marchó con paso rápido.

Maedhros el Alto se levantó, y en verdad honraba aquel epíteto, pues parecía estar hecho para pugnar contra las nubes. Se colgó el yelmo de una de las correas de su pecho y caminó unos pasos para estirar las piernas. El enano a su vez, se remetía la larga barba blanca bajo el cinturón, dejando a la vista la espada y se puso la capucha adornada con colores dorados y rojos. Se hizo un silencio entre ellos pero estaba lejos de ser incómodo. Un silencio tranquilo y sosegado como los que se tiene solo con espíritus afines. Se podía respirar profundamente y escuchar los latidos del propio corazón. Posiblemente formaba parte de la calma que precede a la tormenta, pero era en definitiva, un silencio agradable.

— Antes de marcharos Señor Elfo, quiero daros el verdadero presente de un enano —dijo Azaghâl antes de que Maedhros se alejara. Su voz se tornó seria y contundente como el hacha que golpea el tronco de un árbol y Maedhros sintió encoger su corazón por la tristeza, con la sensación que invade los oídos al escuchar ese mismo viejo árbol al desplomarse. El enano alzó su mirada hacia el alto noldo, sin embargo, nada se veía bajo la penumbra de su capucha. Tan solo emergía una barba blanca llena de polvo—, es un regalo algo más personal.

II

Los Naugrim nacieron desnudos del barro, moldeados por Aüle. Cuando Eru Ilúvatar se enteró, pidió a Aüle que destruyera su creación. Al levantar su martillo se proyectó una inmensa sombra sobre los enanos, de una oscuridad terrible, que hizo que se arrodillaran. Temerosos y sometidos, posaron su mirada en la tierra, en las raíces de la montaña. Esa oscuridad terrible insufló miedo aunque también valor en aquellas criaturas que reconocieron en las raíces de la montaña, su hogar. Desnudos salieron de la montaña para contemplar los lagos y las estrellas. Aprendieron a vivir del barro y la tierra, y a aprovechar sus recursos.

Uno de los muchos inconvenientes de combatir en las llanuras desérticas era la falta de recursos. El agua, era el más importante de ellos pero también lo eran la madera para los hornos y el hierro para las armaduras dañadas, o así era según Mjödvitnir, el jefe herrero de los belegostianos. En cambio, esas tierras depauperadas servían para demostrar la habilidad y el ingenio de un buen artesano. Por supuesto, cada soldado cargaba con sus viandas, sus armas y su armadura pero estas se agotaban, mellaban y abollaban. El Rey Azaghâl, había dado orden de priorizar la reparación de uno de estos elementos por encima del resto; los yelmo-máscara de Belegost.

Los enanos de Belegost combatían con unos yelmos con visera que hacía las veces de máscara hasta el comienzo de sus barbas. Era poco frecuente ver a los enanos con estas máscaras, casi ceremoniales, de espantosa apariencia. Solo en circunstancias muy concretas contra rivales únicos de execrable naturaleza; Sólo cuando se combatía contra dragones. Las máscaras reducían el campo de visión de los guerreros pero impedían que el hollín y la ceniza castigaran sus ojos. Mjödvitnir estaba acostumbrado a recibir peticiones sobre su trabajo, mas en esta ocasión el Señor de Belegost solicitó la más extraña de todas. Todas las máscaras se cegarían por completo ocultando los ojos del guerrero.

— ¿Cómo verá entonces el soldado dónde está el enemigo? —preguntó Mjödvitnir.

— No lo hará —respondió Azaghâl— Tendrá que combatir a ciegas.

— Con el mayor de los respetos mi Señor, es pernicioso. Si fabrico las máscaras sin huecos para los ojos, eso no solo afectará a la vista sino a todos los sentidos. Se respirará mal y se escuchará peor pues el soldado estará como dentro de una campana.

— Mayor razón para evitar que le golpeen en la cabeza —contestó al herrero con una frivolidad inesperada.

— Mi señor...

— Joven Mjödvitnir —interrumpió el rey—, sois el aprendiz de Telchar, forjador del yelmo-dragón que aprendió a su vez de Gamil Zirak el viejo plateado. Confío plenamente en vuestras habilidades para compensar la percepción de nuestros soldados. Las máscaras deberán impedir la visión de cualquier enano, no para vulnerarlos sino con el fin de protegerlos—. Azaghâl alzó la mano cuando observó que Mjödvitnir quería volver a interrumpirle, esclavo de su impetuosa juventud. Respiró hondo y ofreció un espacio de silencio para la reflexión. Con el aplomo de un rey, continuó —. Nos enfrentamos a un enemigo con el que no se puede razonar. Nuestro pueblo lleva luchando contra los dragones urolóki cientos de años pero nos enfrentamos al peor de todos. Aquel que propició la llama súbita. Glaurung, el Gusano Dorado de Angband. Marcharemos hacia las llanuras desérticas de Anfauglith y allí daremos caza a la bestia de Morgoth. Sin embargo, mi temor no reside en el aliento de dragón sino en el poder de sus viles ojos, capaces de penetrar en tu alma, retorciéndola hasta que la locura te alcanza. Son sus sortilegios, su magia oscura lo que queremos evitar. No conoce la indulgencia y es vano resistirse. Todas las máscaras estarán cegadas para esquivar la hechicería del dragón.

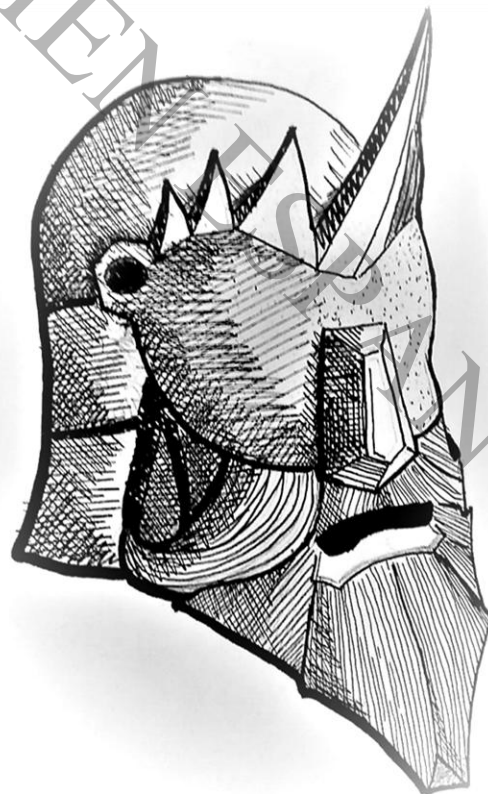
Había pasado al menos una luna desde que Mjödvitnir tuvo aquella conversación con Azaghâl. Se encontraba ahora en las llanuras cercanas a las líneas enemigas trabajando las armaduras de cuero mientras el resto de enanos seguían cavando trincheras. Y es que, al contrario de lo que cantan muchos bardos, los enanos no visten armaduras de metal contra los dragones, sino cuero y escudos de madera. Si el aliento de dragón abrasa un escudo de madera, éste se recubre de carbón, y puede seguir aguantando sin desmoronarse, unos segundos al menos. El escudo y la armadura de metal, en cambio, se calentarán hasta ponerse al rojo vivo, atrapando a su portador en un crisol. Bien conocen los naugrim los campos desolados por el fuego y bien conocen a sus custodios; armaduras huecas como bosques de metal.

El Rey enano de Belegost se acercó a la tienda de campaña del herrero. Vestía con un gambesón de cuero atado con un cincho. Sobre la cabeza, el extraño yelmo de metal con la celada levantada que dejaba entrever su rostro barbiluengo. A diferencia del resto de máscaras, la suya ceñía siete cuernos de metal que se alzaban junto con la visera y representaban las siete casas de los enanos. Algunas trenzas de su larga barba permanecían dentro del cincho y otras se habían salido. Sobre la espalda, un escudo de madera redondo y una lanza de casi ocho pies de largo. Nada de metal salvo las armas y aquel yelmo desprovisto de cimera, penachos u ornamentos y carente de lustro. Junto a él venía su escudera, Nár, hija de Bávör, portando la espada del rey sobre su funda.

— El yelmo es más ligero de lo que parece —alabó Azaghâl con alborozo— un trabajo del que sentirse orgulloso joven herrero. Al principio, habría tropezado hasta en dos ocasiones si no hubiera sido por mi escudera, pero uno se adapta rápido en las trincheras.

— Esa es la ventaja, mi señor —dijo Nár— en las trincheras solo hay dos direcciones y por regla general el enemigo suele estar en una de ellas.

Las enanas raras veces salen de la montaña y se dejan ver. Cuando lo hacen, pasan desapercibidas pues tanto su voz como su apariencia son iguales a las de los varones. Solo los más perspicaces notarían que el recogido de sus barbas era distinto. Nár tenía una hermosa barba rubia recogida en una trenza y vestía con un peto de cuero ligero. Se encargaba, como escudera, de acompañar al Rey y protegerlo.



— Ya se ha abastecido a todas las tropas mi Señor —dijo Mjödvitnir—. Hachas y espadas, yelmos-máscara y escudos.

— Bien. Daré la orden para que comience el despliegue —dijo el Rey Azaghâl. Entregó el escudo a Nár que se lo colgó a la espalda, recogió su espada y un hacha corta de doble filo. Nár llevaba además una lanza y un cuerno de astado de buey.

Entonces, un trueno retumbó cuando el último rayo de sol vespertino se apagó sobre el horizonte. En la lejanía dos columnas de fuego ascendían coléricas como huracanes hacia el cielo nocturno. Un rugido que hizo temblar la tierra y un chasquido atronador dieron comienzo a la batalla que sería recordada como la Dagor Nirnaeth Arnoediad; la batalla de las lágrimas innumerables. Gothmog, Señor de los Balrogs y Glaurung, el Gran Gusano, avanzaban.

Nár hizo sonar el cuerno del rey con tanta fuerza que cerca estuvo de hacerlo estallar. Azaghâl se puso el yelmo con la celada levantada, desenvainó su espada y la alzó haciéndola entrechocar con el hacha. ¡Clanc! ¡Clanc! Todos los enanos de Belegost se unieron golpeando sus armas hasta ahogar el grito de las criaturas de Morgoth, ¡Clanc! ¡Clanc!. No hizo falta arenga. El viejo Rey de Belegost echó a correr al interior de la trinchera y se lanzó furibundo a la batalla. Nada temería en aquel lóbrego corredor pues recordó que la noche es la prístina sombra del martillo de Aüle y el interior de la tierra, su hogar.

III

Las florecientes llanuras de Ard-Galen, otrora verdes y exuberantes, se hallaban envenenadas por los ríos de fuego que descendieron de Angband durante la Dagor Bragolach. Un manto de ceniza y polvo cubría la tierra y copaba el aire. Tras la batalla de la llama súbita los elfos llamaron a aquella región «Anfauglith» que en la lengua común quiere decir «ceniza asfixiante». Una tierra perniciosa donde los enanos de Belegost cavaban trincheras, fruto de la necesidad, para golpear al enemigo donde más le duele. El Rey Azaghâl dispuso una maniobra que tendría como protagonista el orgullo y la arrogancia innatos de los dragones. Arqueros e infantería ligera belegostiana atraerían a las huestes que acaudillaba el dorado dragón hacia las trincheras, mas su soberbia le empujaría a la vanguardia de su ejército. Glaurung pasaría por encima de aquellos angostos pasos subterráneos mostrando su panza a las hachas y lanzas de los enanos.

El Rey leía las estrellas del firmamento para seguir en dirección este mientras Nár protegía su espalda. Empuñando lanzas de ocho pies de alto se movían con sigilo y presteza. Poco tiempo pasó hasta que un orco asomó por encima de sus cabezas. Antes de que se llevara el cuerno a la boca para dar el aviso fue ensartado, como un relámpago, por la lanza del rey que arrastró su cuerpo al interior del agujero. A medida que avanzaban se iban encontrando a más y más enemigos. No solo orcos sino hombres indolentes de las legiones orientales de Ulfang que habían traicionado la alianza. Uno tras otro caían bajo las

armas del rey de los enanos y de su habilidosa escudera que protegía su retaguardia. Con cada entrechocar de los metales y palmo de suelo ganado, el calor crecía en intensidad.

La bestia, cada vez más cercana, bramaba y con cada voraz rugido el dragón escupía una llamarada que iluminaba aquel yermo desierto. Claroscuros se proyectaban sobre las paredes de tierra rasgando el manto nocturno de Varda como si la barca de Arien estuviera naufragando. De pronto se hacía de día y al instante retornaba la noche. Siguieron hacia el oeste girando por varios recodos y abatiendo a todos los enemigos que encontraban a su paso. La tierra se había mezclado con el sudor de batalla —así llamaban los escaldos a la sangre— ocasionando barro, ora seco y duro, ora un fango viscoso que se fijaba a las botas de Nár. Cada paso era como levantar una montaña con cada una de sus cortas piernas. Su olfato también empezó a fallarles pues el aire se colmó de un olor mezcla de tierra calcinada y carne quemada, pero seguían avanzando poniendo a prueba el resto de sus sentidos.

- ¡Esta pestilencia! Me lagrimean los ojos como si estuviera tras una cascada —dijo Nár.
- No te lles las mangas ni las manos a los ojos —imperó Azaghâl—, se han llenado de ceniza y tierra y solo lo empeoraría. Respira por la boca, no te atragantes con tu barba y presta atención a tus oídos.
- Escuchar bajo el clamor de las espadas —contestó Nár—, ver tras las nubes de ceniza y oler sobre la carne quemada ¡Por mi barba que mataremos a ese dragón! — Azaghâl se volvió y sonrió a la enana por su fiero comentario y pensó en los necios que menospreciaban a las mujeres de su raza, relegándolas a la inacción y perdiendo así gran parte de la canción de la que todos participamos.

Tras girar por una de las esquinas, parte de la trinchera se había derrumbado y bajo la tierra emergía una bota de cuero. El temerario rey soltó la lanza para vaciar sus manos y corrió a desenterrar el cuerpo. Nár siguió sus pasos y protegió a ambos, tanto al rey como al cuerpo caído pues era parte de su barro primigenio. Tan importante era el soldado caído como el rey victorioso en batalla. Bajo la pesada tierra había un enano con su propia lanza rota, inconfundible por los grabados rúnicos, clavada sobre el pecho desnudo. Alguien le había desatado el gambesón de cuero. Su rostro estaba oscuro por la tierra y la ceniza y Azaghâl se sintió culpable por no reconocer a uno de los suyos. Quiso tomarse un segundo de duelo cuando un grito ahogado les sorprendió a unos pocos pies de distancia. Al final del estrecho desfiladero en el que estaban había otro enano de pie, erguido como sujeto por los hilos de un titiritero. En esta ocasión, y a pesar de hollín que tapaba su rostro, el rey reconoció a Vestri, uno de sus fieles servidores guerreros. No llevaba yelmo.

Vestri tiró la lanza al suelo mientras sollozaba y gritaba, sin embargo sus gritos estaban ahogados como consumidos por la falta de aire y no se correspondían con sus gestos. Comenzó a desatarse los cordones del gambesón que revelaron su pecho. Sus manos encallecidas brillaban por el sudor y su mirada reflejaba una agónica llamada de auxilio. Cogió de su cincho el hacha de doble filo y con toda la fuerza de sus músculos se la clavó en su pecho justo en el corazón mientras que con la palma presionaba hacia el interior.

- ¡Vestri! — gritó el rey corriendo hacia el enano. Nár le siguió vigilando como le era posible en todas direcciones. Cuando alcanzaron al enano había tan solo un hilo de sangre sobre sus labios que resbalaba sobre su barba negra. «Mi Rey» fueron sus últimas palabras antes de morir.

Dragones: Puedes ser aplastado por sus grandes patas, despedazado por sus garras, ensartado por su cola, devorado por sus afilados dientes o calcinado por su aliento de fuego pero nada es tan terrible como su embrujo. Los ojos de Glaurung son como rodajas de oro envejecido que te atrapan en un sortilegio y te vuelven títere de su mente perversa. Desciendes a los rincones más profundos del miedo y la locura, una eterna oscuridad que colma los horizontes de la mente. Tus ojos se perfilan negros y tu cuerpo deja de responder a tus órdenes para ceder plácidamente a los macabros deseos de la bestia. Bien presa de la locura o bien presa del embrujo —nadie lo sabe con certeza— tu alma queda desvencijada y te rindes.

El rey permanecía abrazando a Vestri con la mirada perdida sobre el barro. Reconoció entonces al enano que había desenterrado; Nordri, el hermano de Vestri. Ahora lloraba, no por el aire envenenado sino por la inmensa tristeza que sufría. Sus ojos eran cautivos de un sentimiento de dolor abrumador que nacía de su pecho. No había honor ni justicia en morir así pero una vez más, no hubo tiempo para el duelo. Las paredes de la trinchera temblaban y los granos de arena caían avisando del peligro. La cruel criatura estaba cerca y entonces, con lágrimas innumerables sobre su barba, el rey se levantó impulsado por un fuego creciente en su interior.

Golpeó el yelmo de Nár con vehemencia para hacer bajar de golpe la máscara. Recogió sus armas del suelo y bajo también la propia. Se apoyó sobre la rodilla de su escudera y trepó por el parapeto de la trinchera hasta la superficie. Con la máscara de espantosa apariencia y cegada, escuchó el rugido y la llamarada del dragón a unos cincuenta pies. Escupía su aliento de fuego sobre la tierra que recorrían los pasillos subterráneos como los ríos de un volcán. Las llamas reflejaban las escamas rutilantes de su armadura con la belleza de las gemas escondidas.

— ¡Ven aquí lagartija! —gritó Azaghâl— Hoy alcanzarás juicio y muerte ¡Reconócame! Soy el Rey de Belegost y te someteré.

Glaurung atendió al desafío y se giró. Aplastaba y derribaba los túneles y las hondonadas con sus gruesas patas. De las fosas de su nariz surgió una fuerte respiración que levantó una niebla de polvo.

— ¿Un Rey? bien...bien... — contestó Glaurung y sus enormes pupilas se contrajeron.

IV

Por entonces las huestes de Fingon y Turgon estaban siendo arrasadas por Gothmog, el Señor de los Balrogs, dejando a los Naugrim de Belegost como una de las últimas fuerzas en pie.

Nár retrocedía sobre sus pasos apoyando las palmas de las manos sobre la pared, preocupada por haber perdido de vista a su rey. No veía nada. Llevaba la celada del yelmo bajada, y tan solo atisbaba a ver las puntas de sus pies si agachaba la mirada. Continuó palpando el terreno, con paso lento, hasta que alcanzó la brecha del corredor. El lugar

donde el enano Nordri había quedado sepultado y que ahora ofrecía una rampa de acceso hasta la superficie. No era una gran distancia hasta arriba pero el ascenso fue más complicado de lo esperado. La tierra era resbaladiza y el peso de las armas y los pertrechos complicaba el ascenso. Con presteza, renunció a todo lo innecesario dejándolo en el fondo de la trinchera y se quedó solo con las armas. Allí donde iba era lo único que necesitaba. Reptó como pudo para ascender por la rampa hasta la superficie. Respiraba con dificultad, pero por encima de su fuerte jadeo escuchó las palabras del rey. Taimado como era y ciego como iba, estaba obligando al dragón a dialogar para seguir el sonido de sus palabras. La enana sopesaba la distancia de las voces, más cercanas de lo esperado.

Con la lanza y el escudo a la espalda decidió tumbarse y empezó a reptar siguiendo la dirección de las voces en el momento en la que la fuerza de la tentación comenzó a pesar. Toda su atención se centraba en el diálogo de su rey con la bestia. Cedió a la tentación y levantó la celada de su yelmo-máscara para poder observar que tenía delante, era peligroso pero necesario.

En algunas zonas brotaban lenguas de fuego del interior de los pasos subterráneos que iluminaban la zona como fuegos fatuos. En otras zonas el suelo estaba calcinado de un profundo negro del que jamás se restauraría. La muerte y la devastación se abrían paso con la forma de una montaña dorada. Las llamas quedaban reflejadas en la armadura natural de Glaurung, el Gusano de Oro. Tan solo una sombra delante de él le hacía frente. La oscura silueta quedaba recortada y esbozaba un débil eclipse de un astro frente a otro. En una de las manos un hacha de doble filo y en la otra la enojada espada del rey. Azaghâl avanzaba con paso regio, osado, lento pero sin atisbo de temor, calculando para no dar ningún paso en falso y caer por uno de los pozos. En cambio Glaurung acudía a su encuentro con fuertes zancadas, como truenos, derruyendo las trincheras a su paso. Nár pudo ver como el séquito de orcos, que acompañaba a su caudillo, mantenían la distancia atemorizados por el padre de dragones. Por un momento, todos dejaron de combatir para presenciar aquel duelo.

- Salve, necio Rey de los enanos —dijo Glaurung— Debes haber enloquecido para enfrentarte a mi pero no recuerdo haberte embrujado, ¿eres tú el artífice de estas angosturas? —continuó diciendo con un tono sarcástico refiriéndose a las trincheras.
- ¡No hechizarás a nadie más mientras respire! —exclamó Azaghâl —Dime lagartija, ¿abandonarás tu cola en el campo de batalla cuando el pánico te invada?— Preguntó Azaghâl devolviéndole el desafío a la bestia.
- Jactancioso eres barbiluengo tentempié ¡Yo os haré ver lo que es el pánico! —gritó el padre de los dragones con una voz que resonó por todas las llanuras y reptó hacia su oponente.

El Señor de los enanos se mantuvo firme mientras el dragón recortaba los últimos pies de distancia estirando su largo cuello. Observó a Azaghâl, de frente, con sus enormes ojos como pepitas de oro y las patas hundidas en el terreno como viejos árboles. La brisa arribó una voz gélida como una noche sombría de invierno, que nacía del interior de la bestia y no de sus labios. Tres veces sonó el sortilegio en una lengua tiempo ha olvidada y tan oscura que nadie quiso recordar y tres veces la máscara terrible de Azaghâl la rechazó. Glaurung mostró por primera vez en mucho tiempo una suerte de asombro en su mirada. Irguió su

cuello, iracundo, hacia el cielo negro y de su vientre germinó el brillo de una estrella. El fuego que nacía de sus entrañas llegó pronto a sus fauces y fue escupido sobre el Señor de los Enanos que haciendo acopio de su destreza se escurrió a la trinchera más cercana.

Nár que continuaba mirando la escena —como todos allí— reaccionó con bravura. Volvió a bajar la celada de su máscara pues aunque no veía nada, era la única manera de resistir la hechicería del dragón. Empuñó su lanza, sopesó el lanzamiento a ciegas y la arrojó con inusitada fuerza. Acertó, pero la terrible bestia cerró su grueso párpado empujada por un acto reflejo, haciendo rebotar la lanza en mil astillas. La bestia, herida en su orgullo ante el oprobio de ser atacada y al haber perdido de vista a su oponente principal, rugió de ira y se lanzó contra la enana.

Nár escuchó como la criatura avanzaba hacia ella. Se había desorientado por el ímpetu del lanzamiento y con la máscara puesta solo podía prestar atención a sus oídos, sin embargo, sus oídos dejaron de escuchar el estruendoso avance del dragón y comenzaron a pitar. Al instante, se hizo un silencio y de repente, mucho calor.

Azaghâl había perdido el hacha que quedó derretida junto a él, en el fondo de la trinchera. Tenía medio cuerpo quemado y el olor a piel abrasada era insoportable, sin embargo, no había dolor, como si hubiera cruzado ese umbral. El aliento de dragón le había arrebatado medio brazo, quemado medio cuerpo y unido la máscara de metal a la piel de su cara «Siempre es mala idea llevar metal», pensó. Con sus últimas fuerzas el rey asió la espada enjoyada, herencia de su casa, y esperó el momento oportuno. Un primer estruendo y a continuación, el segundo. El padre de los dragones estaba justo encima de él. Lloró de nuevo y las lágrimas se fusionaron con la máscara y la piel. De golpe, le sobrevino el dolor pero no un dolor físico sino un dolor más profundo, emocional, por la pérdida de sus hermanas y hermanos en tan cruenta batalla. Y junto a ese dolor, una fuerza prístina imbuida por el martillo de Aüle, junto a las notas de una música inaudible antaño cantada por los Valar. Estiró su brazo y atravesó con su espada el vientre de la bestia que caminaba sobre él.

El estridente grito de Glaurung fue arrastrado por el viento hasta los balcones de Angband. La criatura, creyéndose eviterna, descubrió por primera vez el desgarrador dolor. Golpeó el suelo con sus patas, encabritándose atormentada, y huyó a los confines de aquella desolada tierra.

La espada del rey, que se había fundido en su punta por el calor abrasador proveniente de las entrañas del dragón, descansaba deformada y tintada de un color negro por el hollín. Una espada ennegrecida, casi como invocando una profecía que aún no había sucedido, había herido al padre de dragones.

V

Nár se quitó el yelmo por completo y corrió para proteger el cuerpo del rey que reposaba en el fondo de la trinchera derruida. Cuando llegó, comprobó las heridas mortales de su señor y desenvainó su hacha para proteger su cuerpo. Le envolvía una vorágine de

sentimientos dominados por la amargura y la rabia, pero a pesar de ello, era menéster proteger el cuerpo del rey. Separaría la cabeza de los hombros a cualquiera que se acercarse. La batalla, sin embargo, no se reanudó. Tanto los orcos como los orientales de Ulfang tiraron sus armas al suelo como muestra de rendición.

Nunca en los anales de Beleriand se presencié una victoria tan amarga. Tal y como Mandos profetizó, los desposeídos noldor de malhadado linaje se lamentaron, mas sus lamentos fueron sordos a los impiadosos Valar. La batalla resultó victoriosa pero la alianza entre las distintas casas se quebró. Muchos comandantes como Fingon, hijo de Fingolfin y Huor de Dor-Lomin fueron muertos y otros tantos valientes como Húrin, de la casa de Hador, fueron apresados.

Varios enanos de Belegost recogieron el cuerpo del rey y extendieron sus brazos para alzarlo sobre sus cabezas. Marchaban alejándose del campo de batalla entonando los versos de un lamento con un registro alto, de palabras exquisitas. Sobre el oeste, los primeros rayos de sol nacían iluminando su marcha. Nár partía en cabeza apesadumbrada por la pérdida.

Fueron muchos los enemigos que ofrecieron homenajes en el campo de batalla al extraordinario valor del Rey Enano que había herido al dragón. Lo hicieron a la manera de sus pueblos. Los hombres del este, sintiéndose misérrimos, ofrecieron largas letanías que nacían susurrantes de sus labios orientales. Los orcos en cambio, ofrecían sus oxidadas cimitarras al caído aplacando su espíritu beligerante y retornando cabizbajos a las mazmorras de Angband. Sea cual fuere la raza o el rango del enemigo todos ellos mostraban sus respetos al paso de los enanos que llevaban el cuerpo del rey.

A la comitiva se unían cada vez más naugrim y representantes de Beleriand, tanto elfos como hombres. «Ha herido al Gran Gusano» decían unos, «combatió su hechizo y le hizo huir» añadían otros.

El paso se acercaba a la zona que sirvió de acampada la noche anterior. Mjödvitnir, el artífice de las máscaras, observó desde lejos la llegada de la comitiva y temió lo peor. Avanzaban con paso lento y el viento arrastraba el lamento de los enanos. Una tonada triste que acrecentaban sus mayores temores. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, el herrero reconoció a Nár bajo su ennegrecido rostro, por su barba rubia. Su cara estaba impregnada de ceniza y hollín y unos surcos como ríos de tinta le caían de los ojos. Mjödvitnir se desplomó sobre sus rodillas y comprendió una vez más los males de la guerra. Vencidos y vencedores, muertos y vivos, tienen algo en común; la desolación del espíritu. «Qué desventura es esta, amigo carísimo al corazón», pensó, «largos serán ahora los días sin tu fiel sonrisa bajo la barba y en ninguno de ellos olvidaré tu recuerdo».

Prepararon unos retales de seda para posar el cuerpo del rey. Lavaron su cuerpo y sus heridas y lo cubrieron con una fina tela de lino ceremonial de color rojo a modo de mortaja. Era mejor así, pues el cuerpo y la cara de Azaghâl habían quedado irreconocibles. Había perdido una extremidad y su larga barba había desaparecido calcinada hasta la barbilla donde comenzaba a fundirse la máscara de metal con su rostro.

Mjödvitnir fabricó desde entonces y sin descanso una armadura y un yelmo para que el rey fuera enterrado con los honores que merecía. Se buscó una colina próxima alejada del veneno de Anfauglith y que aún conservase la belleza natural de antaño en aquella tierra.

Un lugar donde el olor fuera el de la tierra fértil y donde no hubiera llegado la ponzoña del mal. Una colina que el ave domeña y donde la raíz crece fuerte.

Todos los enanos que habían participado en la batalla ayudaron a excavar el túmulo. Lo reforzaron con placas de piedra para que soportara el avance ineludible de las edades.

El lecho fúnebre se compuso de gemas procedentes de todas las colinas de Beleriand que resplandecían con majestuosos colores. Algunas eran humildes como el cuarzo y otras soberbias como rubíes y esmeraldas. La armadura que Mjödvitnir fabricó al Rey, fue su regalo. Era de oro y plata y brillaba blanca como pura luz de luna. Su yelmo representaba su rostro, tal y como el artesano recordaba, antes de la batalla. Tenía corona y cubría toda la cabeza bajando con la forma de una barba de metal hasta la cintura. La pericia del artesano dibujo una sutil sonrisa sobre el yelmo como recuerdo inmortal de la bondad del rey. Sobre su pecho, se hizo reposar la espada fundida, negra como el abismo que devuelve la mirada, y sobre sus pies, armas y objetos de los enemigos caídos bajo su brazo.

Antes de cerrar el túmulo con una pesada losa, su escudera, Nár, le hizo un regalo distinto, poco habitual. Recortó una de las trenzas de su barba, sujeta por un abalorio, y la dejó descansando sobre sus pies. Como protectora del rey, sentía su pérdida con culpabilidad, por haberle fallado. Ahora, volvería a su tierra y lloraría y se lamentaría todos los días hasta su muerte pues la derrota del mal nunca es el final del camino.

Epílogo

Las honras fúnebres del Rey Azaghâl duraron siete días. Se festejaba en su honor con abundante comida y bebida, y se recordaba su memoria. Trompetas y tambores eran el acompañamiento para los versos sobre sus gestas. Nadie quiso perderselas y acudían grandes capitanes de los hombres y señores de los elfos. Entre ellos destacaba el Gran señor de los Noldor: Maedhros. Poco tiempo había transcurrido desde que habían hablado por última vez.

A la mente del elfo llegó la conversación que tuvieron y el regalo del pueblo enano; el yelmo dragón de Dor-Lomin, con todo el viejo rey le hizo un regalo aún más personal. Jamás ningún enano había otorgado dádiva semejante a un elfo y recordó aquella conversación, cerrada con llave en un rincón de su memoria.

— Antes de marcharos Señor Elfo, quiero daros el verdadero presente de un enano —dijo Azaghâl antes de que Maedhros se alejara. Su voz se tornó seria y contundente como el hacha que golpea el tronco de un árbol y Maedhros sintió encoger su corazón por la tristeza, con la sensación que invade los oídos al escuchar ese mismo viejo árbol al desplomarse. El enano alzó su mirada hacia el alto noldo, sin embargo, nada se veía bajo la penumbra de su capucha. Tan solo emergía una barba blanca llena de polvo—, es un regalo algo más personal.

«Mi gente considera que hay algo mucho más valioso que las gemas, el oro o el hierro de la montaña y es reservado en este aspecto. Cuando conoces su poder, comprendes que sus límites son insondables.

Gran Señor Elfo, el regalo que quiero hacerte es una palabra. La palabra es como nombramos a lo que nos rodea, lo que lo define, pero también es su esencia y su historia.

Cuando te digo el nombre de una montaña, te hablo de las estaciones y del viento cuando sopla sobre sus crestas. Reconoces su pico, sus laderas y el interior de sus cavernas. Ofrecerte una palabra es contarte una historia, amigo mío. Quiero ofrecerte como Rey de Belegost, un presente para que atesores en tus grandes salones, a ti Maedhros el Alto: Nuestro idioma, nuestra palabra».

Y el enano, dijo con un susurro pero de forma clara una palabra en Khuzdul. Algo que jamás dirían los enanos a ningún otro pueblo, mucho menos a los elfos, salvo en circunstancias únicas. Y Maedhros, que recibió grandes tesoros a lo largo de su vida, de todos los rincones del mundo, supo apreciarlo pues jamás contó a nadie la palabra en Khuzdul que el viejo enano le dijo antes de morir. Ese fue el primero de los grandes regalos de Beleriand. Quizá no el regalo más ostentoso pero sí el más valioso al corazón.

* * *

Así fue la historia de Azaghâl, Rey de Belegost, pródigo en ardidés, domador de la montaña y dueño del gusano Glaurung. Su historia se escribió con runas en papel de pergamino y se narró en un antiguo libro de tapas de cuero rojas. Con el tiempo, se convirtió en lo que las gentes de hoy conocen como un palimpsesto. El libro fue pasando de mano en mano y recorrió Beleriand hasta la Tierra Media. Fue leído por aquellos que entendían la antigua lengua rúnica e ignorado por el resto durante cientos de otoños y primaveras. Entonces el mundo cambió. La tierra antaño recta se volvió curva y la mitad del mundo quedó inundada por la avaricia de unos pocos. Con el cambio del mundo, la tinta de las runas desapareció, vulnerables al inexorable paso del tiempo y el libro se tornó en un conjunto de pergaminos en blanco amarillento.

Más tarde en una región alejada de esta historia, un hobbit —una pequeña criatura que vivía en un agujero— escribiría sus crónicas sobre esas páginas pensando que estaban vacías. Una noche, en el lejano reino de Imladris, la escritura del hobbit fue interrumpida por unas letras de plata que florecían bajo la luna llena. El hobbit solo pudo leer y traducir el título, escrito en Ithildin, mas entristeció pues no pudo leer el resto de la historia, olvidada tiempo ha.

«La máscara ciega y la batalla de las lágrimas innumerables»